

ta que el propio César le da a Horacio, cuando le ofrece un puesto a su lado, que el poeta se niega a aceptar, confirma esta apreciación: Acaso tienes vergüenza—le pregunta el Emperador—de que sepa la posteridad, de que los dos hemos sido amigos?

Y aunque ante aquella tremenda pregunta, el poeta tiene la audacia y la valentía de persistir en su negativa, es años más tarde nombrado Poeta Oficial, para cantar las virtudes y grandezas del régimen, aunque ya en ese tiempo se burlen de él, y en los salones y en las multitudes triunfe ahora el nombre de Ovidio, que tiene resonantes éxitos amorosos, siendo la propia Julia, hija del Emperador y mujer de Agripa una de sus amantes.

Hemos tratado de dar así al desgaire, una somera idea, del contenido de este magnífico libro, realizado con elementos humanos de tan alta significación histórica, y de mostrar una parte de la emoción que lo estremece, y hace vibrar esa realidad histórica, con el signo de la belleza y la elocuencia, que sólo el arte y el verdadero talento son capaces de dar.—LUIS DURAND.

<https://doi.org/10.29393/At164-34AACA10034>

POESIA JOVEN O POESIA NUEVA

Oscar Castro y su CAMINO EN EL ALBA

Tenemos en Chile muchos poetas jóvenes, y, en cambio, pocos maduros. De esto resulta, a la postre, que tenemos pocos verdaderos poetas.

Parece que la inconstancia y la falta de laboriosidad mantenida, influyen en esta condición y, además, y principalmente, el cambio brusco que experimenta la mentalidad de los jóvenes cuando se endurecen dentro del marco de hombres.

Sobre los mesones de las librerías, y más que todo en sus bodegas, amontonan los volúmenes de poemas que fueron el primero y el último libro de sus autores. En todos ellos, más que poetas, hay poesía, la poesía de los veinte años, el anhelo de expansión, la búsqueda sin brújula de una orientación dentro del bosque de interrogantes de la vida.

Y ahí quedan: la rudeza del camino, la burguesa monotonía de los días grises y oficinescos van romando los afilados cuchillos y disecando en los herbarios de las notarías del tiempo, las flores y las espigas que parecían promesas.

En general, no es difícil distinguir, en el «primer libro» si lo trae un poeta o si sólo es fruto de la poesía imperiosa y pasajera de la eclosión de la vida. El poeta, aun cuando repite, inconscientemente, al principio, algo de lo oído, busca dentro de sí, con sencillez y sinceridad su propio canto y su propio misterio.

El que anhela ser poeta para satisfacer el impulso transitorio de la fuerza germinante de la juventud, busca en cambio, más que todo la forma; desea destacarse por la originalidad y se prende a lo desconcertante y a lo nuevo. A cuántos hemos visto querer ser Nerudas, y, ensayar con sus voces ingenuas y adolescentemente inseguras, el canto cósmico, robustecido por el paso de los días, endurecido por el quemar de los veranos y por la trizadura de los inviernos, del gran lírico de América.

Todos, aun los más originales y alejados hacia el porvenir, han tenido su niñez, han ido hundiendo poco a poco sus raíces en la sombra de la intuición para precisar y robustecer su llamada.

La originalidad mañosamente buscada, es farsa y oropel; el canto nuevo encuentra su camino y se impone, a través, y aun en contra, de la razón y de la lógica; a la nueva forma de belleza la guía el instinto y la imaginación y de ellas nutre su emoción y extrae su calor humano.

De la generación revuelta e inquieta de hoy, Chile lleva

cuatro o cinco poetas para la historia; ya han pasado los 30 años o se acercan a ellos; la madurez de la vida ha vigorizado la voz de sus cantos.

De la pléyade de jóvenes, muchos llenos de talento y entusiasmo, ¿cuántos fructificarán?

* * *

Camino en el Alba, se llama el libro de poemas que acaba de publicar Oscar Castro Z. Un nuevo primer libro de poemas, nuevas páginas abiertas ante la impaciencia o la esperanza del lector.

Un prólogo de Augusto D'Halmar; los prólogos de los libros de poesía deben leerse al fin para zambullirse sin prejuicios.

Y dice Castro en su primer poema «Romance del vendedor de Canciones»:

Cuando los arroyos bruñen
filos de luna en el agua,
el hombre se va cantando,
cantando por la montaña,
los ojos de sus borricos
llevan estrellas mojadas
y los huertos de mi tierra
le dan perfume a sus árguenas.

Es un canto limpio, claro y sonoro, y el poeta cumple con su primera función; enriquecer las palabras, alejar el linde de su limitación: «Los ojos de sus borricos llevan estrellas mojadas»... el sentido metafórico dado al vocablo muestra el conocimiento del poeta en el uso del lenguaje: estrellas reflejadas en el agua, dicen los ojos del borrico.

Luego el paisaje chileno:

El camino blanco, blanco
 como un papel sin palabras.
 El hombre le va poniendo
 la letra de una tonada.
 Sobre los álamos nuevos
 el viento ensaya sus arpas,
 La esquila de la madrina
 gotea sus notas claras.

Ahora es la alegoría descriptiva, el símbolo liviano y otra vez la palabra enriquecida. La esquila de la madrina *gotea sus notas claras*... gotear dice de compás monótono, de sonido repetido.

El estero es en la noche,
 un trozo de cielo que anda.
 Arriba el cielo fulgente.
 es un estero que calla.
 Los cascos de los borricos
 trizan el cielo y el agua.
 El hombre que va cantando
 tiene la copla mojada.

Metáforas, símbolos, equilibrio liviano dado por el conocimiento de la forma. Así sigue el poema que, sin ser extraordinario ni el mejor de la colección, permite creer en un poeta nuevo.

La curiosidad se ha despertado. Sin nada de especialmente original en la forma ni en la idea, el «procedimiento», si así pudiera decirse, atrae: Sentido joven, sencillez, claridad, falta de pose buscada, un armónico equilibrio en la trayectoria segura y firme... y una belleza luminosa, bajita pero auténtica.

Los poemas siguientes van mostrando la paradoja de este

primer libro ya en camino de la madurez. Costaría creer que su autor no ha llegado a la zona de influencia de los 30 años; su acento viril y sosegado, su serenidad y afinación parecen demostrarlo. Pero, y aquí está también el peligro: ¿Significará entonces este grupo de poemas una actitud definitiva. y, por consiguiente, habrá que juzgarlo más severamente, eliminando las posibilidades de la completa y definitiva madurez?

Y la designación de poeta nuevo se hace insegura... ¡poeta nuevo! ¿Nuevo porque parece estar en la línea de la sensibilidad agudizada de hoy, nuevo porque parece querer desprenderse del ropaje atarazador que restringía a la poesía de ayer? Sin embargo, arderá más adelante el poeta en la emoción de la belleza y de la armonía levantada de la limitación descriptiva. ¿Logrará zafarse de la tierra y elevarse sobre el paisaje y el fenómeno?

Confundidas reminiscencias: Neruda en el uso de los adjetivos enriquecidos en símbolo: «viento herido», «amores naufragados», «campanas deshojadas»; García Lorca en la entonación y luminosidad del canto: «Llevaba el día en el cinto como un alfanje de plata»; Julio Barrenechea en el acercamiento a las cosas ténues, «la fina lima del grillo está puliendo el silencio».

¿Parecidos? Tonterías, estas semejanzas están en el aire. El poeta de hoy tiene que usar los elementos que constituyen sus herramientas: del empleo adecuado de ellas, de la mezcla de lo oído y leído, irá surgiendo su camino que, más o menos personal, seguirá siempre el tono de estos momentos de velocidad y freno, de terciopelo y cemento, de diademas y pies descalzos, de clínicas para el cáncer y bombardeos de ciudades indefensas.

Unos, los grandes, alzarán sus estaturas sobre los otros; los demás simplemente poetas, que ya es mucho, contribuirán al coro que armoniza y embellece la terrible jornada

Oscar Castro muestra múltiples facetas, sentido e intuición de la belleza, permanente curiosidad e inquietud que lo llevan a

todos los campos, y donde abre su gesto fraternal, su amoroso canto sin odio ni amargura:

Los martillos podrían cantar,
como el himno de la tierra florida,
decorar la mañana con sus redadas de peces musicales.
Y los montes, las pampas, los viñedos,
entregar su ofrenda a las manos de todos los hombres.

Y mis hijos, los hijos tuyos, hombre, hermano,
jugar en ronda clara
bajo la exacta parábola de los planetas.

.....
Tú traerías la fruta
yo el canto que tiene olor a fruta.

Y se ennoblecería esta tristeza sin destino,
esta amargura de sentirte caminar a mi lado,
escondiendo la mano que quiere estrecharse a mi mano,
recelosa de la dulzura que yo puedo robarte.

.....
Yo quiero que esta dulzura transparente
no sólo sea mía
Gústala tú también,
como el pan blanco que un cuchillo divide para todos.

Es el canto doloroso pero no amargo, anhelante, pero sin odio podrido, del poeta que sueña con una tierra más noble y más justa. ¡El odio, el odio! ¡ya que por sí es duro yugo que llevan los hombres para que los poetas los ensalcen. Ya es doloroso que unos a otros se muerdan las manos que podrían ser fraternales para que el poeta niegue al camino la luz de su lámpara.

En el amor su voz es viril, es vivida, está llena del amargo sabor de la experiencia:

Recordaré tu cuerpo, que se pegó a mi cuerpo
caliente como un labio, curvo como una espiga,
y que fué mío, mío, como mis propias manos,
como mi voz perdida y mis alas perdidas.

Tembloroso en la noche de mi carne de tierra,
va creciendo el aroma de tu seno mordido.
Rostro bajo mi rostro, boca bajo mi boca,
vienes, en la marea quemante del instinto.

Náufrago, voz del hombre que olvidó la esperanza,
crucificado clavo las manos en el verso.
Y tú, lejano siempre, duermes en otros brazos,
sueñas y tus ojeras crecen como otros besos.

Aquí está el poeta en terreno sólido, usando su propia vida, creando alrededor de sus días y sus dolores, y logrando traspasar la zona imprecisa de la sugerencia.

Hubiéramos querido seguir de cerca algunos de sus otros poemas de distintas temperaturas, de distinta densidad poética; la extensión de esta crónica nos lo impide. Citaremos algunos nombres: La «despedida a la orilla de los mástiles», con sus amores naufragados, sus tardes luminosas y su lomo verde con las cicatrices de todas las goletas: las «palabras de hijo ausente» en que «este rumor que llevas, de vuelos y colmenas, irá, como la sombra azul de un crucifijo, sobre la ramazón florida de tus venas»; el romance de la encrucijada de ese muerto que «tenía las manos cóncavas de sostener el silencio y una puñalada abría su grito rojo en el pecho». Y los cantos doloridos y empapados en la sangre de la España mártir:

Cuando enmudeció su lengua
no doblaron las campanas.
Nadie le trajo una rosa,
ni un verso ni una guitarra.
Apenas el chisperío
de una estrella deshojada.
Apenas, la visión
de la cal de las murallas.

Y finalmente en el poema de la tierra, entra Castro en contacto con las cosas que nos acompañan en el diario vivir; amorosamente se levanta de la tierra y es «el tallo moreno en la espiga del canto»; «tierra de los viñedos, tierra de los maizales rientes y jocundos, ancha tierra del campo»—tierra humilde y reseca del patio de la casa»— «tierra de los caminos—polvo que va marcando la angustia de los pobres»— «tierra de las ciudades, te vendaron los ojos»—de polvo y de sangre, tierra de las batallas, las manos de los muertos, las bocas de los muertos se apegaron a tí, sangrientas y crispadas».

Castro conoce los caminos por donde debe pasar, tiene la sensibilidad y se empapa de las emanaciones de los materiales gastados por las manos, se identifica con los dolores y el cansancio de los hombres, al mismo tiempo, descubre en ellas el aleteo mágico de la belleza escondida.

Sin embargo, al cerrar el libro nos queda un pequeña angustia; algo de la gran esperanza que nació en las primeras páginas se ha quedado enredado entre ellas. Oscar Castro se apega demasiado a la anécdota, su vuelo mantiene constante amarra con lo que sucede, su inspiración busca de continuo puntos de referencia, como temerosa de la soledad. Y así limita las dimensiones del espacio, acorta la aventura y reduce las zonas de descubrimiento.

¿Logrará abatir las trabas y levantarse cara al azul, sostenido por su propio impulso? Tiene talento, sensibilidad, co-

nocimiento del lenguaje. medida y equilibrio, intuición de la belleza; es un poeta, pero, le falta libertad!

Que este libro no sea actitud, sino huella en el camino.—
ARTURO ALDUNATE PHILLIPS.

VIDA, PASIÓN Y MUERTE DE LA QUINTRALA. por *Carlos Barella*

La mujer sensual y criminosa que fué en 'el mundo doña Catalina de los Ríos y Lisperguer, continúa en calidad de fuente inagotable para nuestros escritores: Vicuña Mackenna, Bórquez Solar, Magdalena Petit, Armando Arriaza, Daniel de la Vega— «y otros que se nos escapan» diría un cronista— han hundido su intuición en ese espíritu turbio aun no sepultado por el tiempo; y es ahora otro poeta y comediógrafo, como el último, Carlos Barella, quien nos regala con su encantado aporte.

Ya la señorita Petit, con muchos aciertos y en bien urdida prosa, condujo a la gran pecadora hacia el teatro; realiza igual proeza el recién venido, pero adornada con elocuentes estrofas, al estilo de los viejos maestros.

Y habla así su heroína en el primer acto:

¡Mi abuela!, la que en sus manos
por altiva tuvo en prenda,
la vida, el alma y la hacienda
de los indios araucanos.
Me halaga sobremanera
que sepáis de quien desciendo;
que yo tan solo quisiera
que aquí en la villa quien quiera,
por encumbrado que fuera,
a ciencia cierta supiera
que a la postre iré perdiendo